

Y el que los campos pasea,  
Cuando la vista derrama  
Y en vosotros la recrea,  
Flores malditas os llama  
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente  
Que coronas perfumadas  
Teje al amor, sonriente,  
Entre sus trenzas doradas  
Os coloca alegremente.

Y corre de dicha llena  
Hacia el baile bullicioso,  
Donde con s6n cadencioso  
Melanc6lico resuena  
El viol6n armonioso,

Si no prefiere la 6mbrosa  
Fronda, donde misteriosa  
La voz de su bien querido  
Suenam6s grata en su 6ido  
Que la flauta cadenciosa.

## EL REGRESO.

---

I.

¡Ay! en mi vida ha brillado  
Una imagen de ventura;  
Mas la imagen se ha borrado,  
Y otra vez abandonado  
Camino entre noche oscura.

Al niño llena de espanto  
La sombra con sus horrores,  
Y alza en su miedo su canto,  
Para esconder bajo el manto  
De su canción sus temores.

Yo también, niño inocente,  
Canto entre la sombra fría:  
Si en mi voz no hay armonía,  
Borra, al menos, de mi frente  
La negra melancolía.

---

## II.

No sé lo que decir quiere  
 Esta sombría tristeza;  
 Hay un cuento muy antiguo  
 Cuyo recuerdo me apena.

Es fresco el ligero viento;  
 La noche sombría llega;  
 El Rhin corre silencioso,  
 Y los picos de la sierra  
 Devuelven del sol poniente  
 Las claridades postreras.

En la altura está sentada  
 La más hermosa doncella;  
 Fulguran sobre su cuerpo  
 Doradas y ricas telas,  
 Y peina sus rizos de oro  
 Con sus manos de azucenas.

Con rico peine de oro  
 Peina su áurea cabellera,  
 Mientras en sus labios rojos  
 Alegre canción resuena,  
 Canción de extraño prestigio  
 Y melodías siniestras.

En su barca, el marinero  
 Siente inconsolable pena;  
 No ve los golfos traidores,  
 No ve las traidoras peñas;  
 Ve sólo la hermosa virgen  
 Sentada sobre la sierra.

Yo creo que, al fin, las ondas,  
 Marino y barca ligera  
 Se engulleron y llevaron  
 A sus sombrías cavernas,  
 Y que fueron el motivo  
 De aquella desdicha inmensa  
 De Loreley las canciones  
 Melodiosas y siniestras.

## III.

Mi corazón está triste,  
Tengo el corazón cansado,  
Aunque en el cielo fulguran  
Los resplandores de mayo.

Melancólico me apoyo  
Sobre un tilo solitario,  
De la desierta explanada  
En el recinto plantado.

Silencioso, azul, tranquilo  
El río corre allá abajo;  
Un niño sobre una barca  
Recorre su caudal manso,  
Una canción melancólica  
Indiferente silbando.

Más allá de la corriente,  
De la corriente á otro lado

Se unen en bello conjunto  
Los jardines, los palacios,  
Y los hombres y los bueyes,  
Y la enramada y los prados.

Extienden dos lavanderas  
Ante el sol sus lienzos blancos;  
Y del agua del molino,  
Que el sol convierte en topacios,  
Hasta mis tristes oídos  
Llegan los ecos lejanos.

Se alza una garita encima  
De un torreón agrietado,  
Y un guardia, con rojo traje,  
Sobre el glácis solitario  
Va y viene con paso lento,  
Viene y va con lento paso.

Con el fusil se entretiene,  
Que brilla ante el sol dorado.  
Presenta el arma luciente,  
La extiende hacia mí apuntando:  
¡Quisiera que me tendiese  
De un tiro, muerto en el acto!

## IV.

Cruzo llorando la floresta umbría:  
 El tordo entre las ramas  
 Canta con dulce voz:—«¿Por qué tan triste,  
 Tan triste está tu alma?»—

—«Te lo dirán las negras golondrinas,  
 Las negras golondrinas tus hermanas;  
 Ellas que hicieron sus pequeños nidos  
 En los balcones de mi dulce amada.»—

## V.

La noche es húmeda y fría;  
 Silba con furor el viento,  
 Y no brillan las estrellas  
 Sobre las playas del cielo.  
 Bajo los árboles altos  
 Que bate el soplo del cierzo,  
 Por el fondo de la selva  
 Voy caminando en silencio.

Fulgura una luz lejana,  
 Una luz brilla á lo lejos,  
 Pero hacia el sitio en que brilla  
 No me lleva su reflejo:  
 Hay tal tristeza allá abajo,  
 Que invade mi mente el miedo.

La abuela anciana, sentada  
 Está en su sillón de cuero;  
 Sinistra como una estatua

De granito, del silencio,  
Ni una palabra tan sólo  
Murmuran sus labios secos.

El hijo del guardabosque,  
Mozo de rojos cabellos,  
Por la estancia se pasea:  
Cuelga su fusil del negro  
Muro, é insolente ríe  
A carcajadas, colérico.

La bella hilandera llora;  
Mojan el cáñamo seco  
Sus lágrimas: á sus plantas,  
Aullando, se tiende el perro  
Que un día siguió los pasos  
Del anciano padre muerto.

## VI.

Cuando á mi regreso encuentro  
La familia de mi amada,  
Alegres me reconocen  
Sus padres y sus hermanas.

Por mi salud me preguntan,  
Y me dicen que mi cara  
Está lo mismo, tan sólo  
Con la calor más quebrada.

Yo pregunto por las tías,  
Por las parientas lejanas,  
Y hasta por aquel cachorro  
Que dulcemente ladraba.

Pregunto también por ella,  
Con otro ¡cielos! casada,  
Y que ya recién parida  
Me dicen, ¡oh Dios! se halla.

Les felicito, y sonrío,  
Mientras mi voz les encarga  
Le hagan presente el saludo  
Y la efusión de mi alma.

Dice en tanto la hermanita:  
—«Creció el perro, le entró rabia,  
Y fué necesario entonces  
Del Rhin arrojarle al agua.»—

Se parece la pequeña  
Cuando sonrío á su hermana,  
Y tiene los mismos ojos  
Que mi desventura labran.

## VII.

Del pescador sentados en la ruinosa choza  
Mirábamos atentos el azulado mar;  
Las brumas de la tarde en alas de la brisa  
El cielo recorrían en su carrera audaz.

Las aguas, poco á poco, de la llanura inmensa  
Los faros alumbraron con su indecisa luz,  
Y rápido en las sombras de la extensión lejana  
Cruzó un bajel ligero por la llanura azul.

Hablamos de tormentas y hablamos de naufragios,  
Hablamos del marino y de su vida audaz,  
Vida que airadas mecen las aguas y los cielos,  
Vida en que marchan juntos el goce y el pesar.

Hablamos de países lejanos y remotos  
Del Sur y el Norte frío, y llenos de interés,  
Hablamos de los hombres que pueblan tales climas,  
De sus costumbres raras, de su ignorado ser.

Hay junto al Ganges sacro, aromas y fulgores,  
Gigantes arboledas alumbra el claro sol,  
Y hermosos hombres clavan en tierra sus rodillas  
Y al loto azul adoran con santa devoción.

Son los lapones sucios, pequeños y asquerosos,  
De bocas no medidas y de aplastada sien.  
Al fuego se calientan y cuecen su pescado,  
É imbéciles y necios golpéanse después.

Oíannos las jóvenes con gravedad profunda,  
Y al cabo en el silencio perdióse nuestra voz;  
Había ya la nave de nuestra vista huído,  
Y el cielo no alumbraban ni un astro ni un fulgor.

## VIII.

Trae, hermosa pescadora,  
Tu navicilla á la playa;  
Siéntate, niña, á mi lado;  
Tu mano á mi mano enlaza;

Esconde sobre mi pecho  
Tu cabecita adorada;  
Tú que sin pavor tu vida  
Confías á la mar brava.

Mi corazón, cual los mares,  
Tiene escollos y borrascas,  
Pero duermen en su fondo  
También perlas argentadas.

## IX.

Se eleva la triste luna  
 Iluminando las aguas;  
 Entre mis brazos estrecho  
 Con pasión á mi adorada,  
 Y nuestros dos corazones,  
 Presa de amorosas ansias,  
 Laten juntos, confundiendo  
 En una sola dos almas.

En los brazos de la hermosa  
 Descanso solo en la playa.  
 «¿Qué crees tú escuchar del viento  
 En la voz que suena airada?  
 ¿Por qué estremecida tiembla  
 Tu pequeña mano blanca?

—Lo que escucho no es del viento  
 La voz áspera y extraña;  
 Son de las marinas vírgenes

La canción y las plegarias,  
 De las vírgenes marinas,  
 De mis perdidas hermanas  
 Que no hace mucho tragarón  
 Del mar las ondas amargas.»

## X.

El viento su trompa suena;  
La tromba con rudos golpes  
Azota las verdes ondas,  
Que á su castigo responden  
Con aullidos lastimeros  
Y con mugidos feroces.

Desde las nubes sombrías,  
Torrentes de lluvia corren;  
Parece que entre el concierto  
De inarmoniosos acordes  
Al viejo Océano quiere  
Tragarse la vieja Noche.

Sobre el mástil la gaviota  
Detiene su vuelo torpe,  
Dando gritos lastimeros  
Que el éter surcan veloces.

Nuevas angustias le agitan,  
Y á presagiar se dispone  
Otro duelo y otras penas  
Y otras desdichas mayores.

## XI.

La tempestad se mece juguetona,  
Y gruñe, y ruge y canta.  
Terriblemente alegre está la noche,  
¡Cómo el bajel sobre los mares danza!

Rompiendo el mar sus líquidas cadenas,  
Como viviente monte se levanta;  
Aquí se abre un abismo,  
Cual blanca torre allí las ondas se alzan.

Bajo cubierta escúchanse gemidos,  
Gritos y maldiciones y plegarias;  
Yo atado al fuerte mástil digo en tanto:  
—¡Oh, quién se viera en mi segura casa!

## XII.

Llega la noche; la bruma  
El mar cubre con su manto;  
Murmuran las verdes ondas  
Con ecos dulces y extraños,  
Y una sombra se levanta  
Sobre el mar abandonado.

Es el hada de los mares  
Que abandona su palacio:  
En la solitaria playa  
Se sienta amante á mi lado;  
Sus blancas espaldas brillan  
Entre velos mal cerrados.

Me abraza tierna, y me estrecha  
Con tal ardor en sus brazos,  
Que sus caricias amantes,  
Casi, casi me hacen daño:  
«Hada hermosa de los mares,  
Me estrechas ¡ay! demasiado.

—Si mis brazos te aprisionan,  
Si con tal ardor te abrazo,  
Es que quiero cobrar vida  
Con tus besos abrasados;  
Está la noche tan fría  
Que tengo mi cuerpo helado.»—

La luna sobre las nubes  
Asoma su rostro pálido.  
«Hada hermosa de los mares,  
Tu mirada se ha turbado,  
Y están tus ojos tan húmedos  
Cual si los mojara el llanto.

—No están mis ojos, bien mío,  
Más húmedos ni turbados;  
Es que al salir esta noche  
De los abismos amargos,  
Una gota de las ondas  
Pendiente quedó en mis párpados.»—

Las gaviotas en el viento  
Lanzan gritos de quebranto;  
El mar se estrella rugiendo  
Sobre los bajíos ásperos.  
«Hada hermosa de los mares,  
De los mares azulados,  
Salvajes latidos mueven  
Tu corazón agitado.

—Mi corazón se estremece

Con latidos agitados,  
Porque tanto yo te adoro,  
Porque yo te adoro tanto,  
Descendiente venturoso  
De Adán, que mis pobres labios  
Expresarte no podrían  
Cuánto, mi bien, te idolatro.»